



SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.

JACINTO CARMÍN
El precio del silencio.

CLEMENTE DE CASTRO
El dolor, según las manos.

UN PEQUEÑO REPORTER
De la semana picaresca.

SALVADOR DE TORRES
De mis memorias de viejo casto.

F. GIL ASENSIO
¡Sí es bromal...

FÉLIX RECIO
El error.

JULIO MATA
La razón de una sinrazón.

TOVAR, DEMETRIO y ALFONSO
Caricaturas varias y retrato de
Vicenta Vargas.



VICENTA VARGAS

(Fot. Vandel.)

Lo que se dice bonita, no; pero muy graciosa y muy
retrechera, esto sí es verdad.

5 cénts.



De parranda

Á UNA ARTISTA ESPAÑOLA, QUE EN PARÍS
TIENE Á SUS COMPAÑERAS EN UN TRIS

¡Oh, Carmen, "la Gitanilla",
que eres en París ahora
la más bella embajadora
del país de la mantilla;
la que en el *caveau artistique*
"Le chat noir", (en donde luces
tu garbo, flor *exotique*
de los campos andaluces),
consigue ser el encanto
de bulevar de Clichy;
la que allí "currelas", tanto
como yo "currelo", aquí;
la que subyugas á tous
con la sal de Andalucía,
de tu "tierra de María
Santísima", (amén *Jesú*);
la artista de buena fe,
no la que manda un *escroc*
de empresario á la "tournée
pour l'Espagne et le Maroc",...

Yo—por tu fisonomía,
tus "pinreles", y tus "dátiles", —
á ser cura, te pondría
sobre unas andas portátiles;
te sacaba en procesión,
al llegar Semana Santa,
por Sevilla; y, aunque hay tanta
y tan grande devoción
al "Jesús del Gran Poder",
—á quien veneran allí—,
cuando te viesen á ti
¡la tenían que perder!...

Si fuera *ex Muley-Hañd*,
me vendría aquí contigo
para que hicieses conmigo

la *conquista* de Madrid;
cuantos á mi sed bravía
de vencerlos escapasen,
á ti los remitiría
para que los "camelasen",
tus "sacáis", y yo, al arrimo
de tus ojos... *e ainda mais*,
les diría: —¡¡Qué "sacáis",!!...
¿Qué *sacáis* de hacer el primo?...

Si viera yo al Padre Santo,
le cantarí—¡oh, gitana!—:
"Tengo una prima hermana,
que la quiero tanto y cuanto...";
y si (como yo discurro)
el Padre Santo decía:
"¿Dónde está?", respondería:
"¡*S'a mudau!*", como el baturro...

Si fuera rey... sin consorte,
pondríate sobre el trono
para que te diceses tono,
lustre y *postin* en mi corte;
y ornaría tu persona,
si lo hubiere menester,
con el augusto poder
de mi cetro y mi corona...

Si al Cielo voy (esperanzas
no me faltan) y San Pedro,
que conoce mis andanzas,
va á echarme, yo no me arredo,
¡ca!, y le digo: "Aquí entro yo,
porque Dios me dió á esta amiga.
Conque "á quien Dios se la dió,
¡San Pedro se la bendiga!..."

Si tú me tomases ley,
¿quién nos tosía á los dos?...
¡Nadie! Ni cura, ni rey,
ni San Pedro, ni *ex Muley-*
Hañd, ni el Papa... ¡ni Dios!!

Carlos Miranda.

EL PRECIO DEL SILENCIO

EN un tris estuvo anteayer que se me viniese abajo todo el plan de una conquista amorosa, en la cual he puesto mis cinco sentidos.

Es una chica de dieciséis años. La edad sólo es un dato elocuentísimo, porque á poco que Dios la haya fa-

hora deliciosa hacemos castillos para el porvenir, y voy poco á poco apoderándome de ella.

Me ha costado trabajo conseguirlo; pero al fin obtuve de Adela el asentimiento para pasar el rato en el café.

Entramos en el Universal por la puerta de la fotografía, y en aquel saloncito de atrás, donde generalmente nos hacen compañía unas cuantas parejas de la misma índole, tenemos nuestros coloquios diarios, sin miedo á que nadie nos sorprenda.

En esta charla íntima, en voz muy queda, á media luz del café, en aquel sitio, juntando nuestros cuerpos amorosamente, es tan sabrosa para mí, que no sabría prescindir de ella.

La chiquilla me ha trastornado el juicio...



—Pues aquí le preparo á mi Luis todas las mañanas su baño de agua helada.

—¡Ay, si yo fuese Luis, me la tendría usted que poner caliente, porque soy muy friolero!

vorecido, no hay mujer fea de los quince á los veinte.

Y Adela tiene además la suerte de llevar en la cara unos ojos divinos, una boca que es una preciosidad y una nariz monísima.

La pobre trabajaba en su casa para un almacén de ropa; su madre y su hermana mayor le ayudan, en tanto que el padre, un infeliz burgués venido á menos, está empleado en el Ayuntamiento con cinco mil reales.

Todas las noches la acompaño, y en una



—Gachó, jeres una marmota! Diez horas de sueño.

—¡Naturaca! Como que tengo que dormir pa dos.

—¿Cómo pa dos?

—Primero pa el aguardiente, y luego pa mí.

Pero anteayer recibo la siguiente carta escrita con una ingenuidad encantadora:

"Querido mío: He tenido en casa un disgusto horrible. Mi padre nos vió ayer juntos cuando atravesábamos la calle de Alcalá. No quiso decirme nada en el acto, pero la escena en casa fué horrible. Me recriminaron duramente por mi conducta, afeándome el hecho de que una joven decente se deje acompañar por el primer advenedizo que desliza

Yo, francamente, no quise conformarme con una solución tan radical, y puse en tortura mi ingenio para hallar recursos con que salvar aquella dificultad que surgía precisamente en el momento en que más en sazón se hallaban unos amores que me enloquecían.

Pero todo cuanto pensaba era disparatado, resultándome siempre el remedio peor que la enfermedad. Llegó al fin la noche; á

la hora acostumbrada salí de casa, y mis pasos me guiaron instintivamente al sitio en que siempre me encontraba á Adela.

Quería verla al menos, ya que hablarla era imposible en virtud de la vigilancia de su hermana mayor, que desde entonces la acompañaría.

Me entretuve mirando un escaparate de bisutería hasta que dieron las siete.

Al poco rato doblaban la esquina Adela y su hermana, caminando de prisa y muy juntas.

Las dos me vieron; pero disimularon el encuentro.

Yo, á mi vez, no pude contenerme, y á riesgo de llevarme

un sofión horroroso, me acerqué á ellas.

—Señoritas...

—¿Qué desea usted?—me preguntó la hermana de Adela.

—Si me permitiesen ustedes acompañarlas desde mañana...

—¡Imposible!

—¿De todo punto?

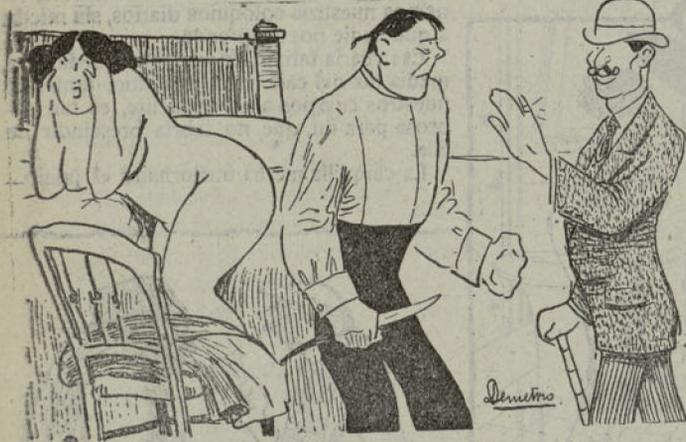
—¡Oh! ¡Si al menos viniese usted con un amigo suyo!...

Ayer éramos cuatro.

Jacinto Carmin.

LEA USTED EL JUEVES

LA MONTARAZA DE LA GOLOSA



Ella.—¡Mi marido!

El aludido.—No, si no vengo de pelea, sino á advertiros que en el piso de abajo hay un enfermo grave.

en su oído cuatro palabras melosas. Llegaron á hacerme llorar; pues tanto mi padre como mi madre decían que mi proceder acabaría por ocasionar la deshonra de la familia, á la cual no le resta otro caudal que el del honor más puro. ¡Excuso decirte! Yo protesté de la nobleza de mis intenciones y juré enmendarme en absoluto, aunque sea contra lo que siente mi corazón.—Por si acaso flaquea tu propósito de enmienda—añadió mi padre—, ya que yo no puedo por mis ocupaciones ejercer sobre ti la debida vigilancia, tu hermana mayor te acompañará todas las noches cuando vayas al almacén. Y así quedó decidido. Me he apresurado á comunicártelo para que esta noche no te extrañes de verme acompañada por mi hermana Lola. ¡Paciencia, queridito mío, y aguardemos que pase el nublar! Te adora, á pesar de todo,—A..

EL COLOR, SEGÚN LAS MANOS

Mi amiga Obdulia es una mujer que moralmente está "tirada á cordel", recta en sus propósitos, piadosa de corazón, metódica en sus actos, cual si tuviese un aparato cronométrico dentro... Y, además, ahorrativa hasta la inverosimilitud; ahorrativa dije, que no miserable; y afirmo que su prurito económico llega á lo increíble, porque mi excelente amiga reglamenta los gastos más nimios de su casa: el jabón que se gasta en el lavado, el número de terrones de azúcar con que deben endulzarse las tazas de café, las horas que las luces del comedor, del gabinete, del salón, etc., etcétera, han de estar encendidas... No obstante, Obdulia vive con relativo desahogo; habita en buena casa, come bien y da mensualmente dos saraos en que suelen vaciarse copioso número de botellas de Champagne.

Pues bien: Obdulia es viuda y tiene una hija bonitísima que anda en relaciones con Jerónimo T., un joven diplomático, pobre sí, pero honrado, simpático, alegre, mundano y tan elegante, que sus criados aseguran que manda planchar las camisas á Londres.

Jerónimo visita á su novia todas las noches; algunas veces cena con ella, y luego él y Petrita van al salón, instalándose sobre un divanillo que, siendo pequeño para uno, parece grande para dos, y que se halla casi escondido tras el piano de cola, á la sombra de unas palmeras. Entonces, Obdulia, que no olvida la discreción tolerante que deben tener las madres bondadosas, se sienta á

leer una novela romántica—por el estilo de aquellas que escribía Mme. Cottin—, junto á un velador, al pie de un quinqué con pantalla de tela verde; mientras Jerónimo y Petrita, cogidos de las manos, charlan y se hociquean amorosamente. A las doce en punto, el novio se marcha, despidiéndose hasta el siguiente día. Petrita sale de su es-



El marido.—¡Infame! ¿Y para esto me mandas por ensaimadas calentitas?

condrijo un poco despeinada y con los ojos brillantes, y Obdulia, siempre económica, se apresura á apagar las luces. En el fondo ella piensa que aquellas libertades que concede á su hija no tienen nada de reprochable.

Hace algunos días fui á casa de Obdulia, y la hallé indignada: mi excelente amiga tiene cocinera y dos doncellas, y una de éstas, que por lo visto no estaba al tanto de las rígidas costumbres de la casa, se había permitido licencias increíbles,

INTIMIDADES CONYUGALES



—¿Y se puede saber dónde vas ahora?
 —Pues á hacer una rogativa á Nuestra Señora de la Buena Leche.
 —Oye: eso es dirigirme un insulto intolerable.

—¿Pero qué ha hecho?—pregunté.
 —¡Ah, no quiera usted saberlo!.. Figúrese usted que durante los quince días que hace que está á mi servicio se ha mudado diez pares de medias.
 —¡Diez pares!—repetí admirado.
 —Sí, diez pares! Por el lavado de los cuales cobra mi lavandera seis seales justos. Entonces supe que las medias de color (y aun las negras) van pasando de moda, y que las blancas, caídas en desuso desde en tiempos del Imperic, han vuelto á ser la última palabra de la costumbre y del buen tono.
 —De todos—dije—, ese exceso de limpieza es increíble.
 —Pero aquello no era lo peor.
 —Lo más irritante—agregó Obdulia— fue la razón que la muy desvergonzada me dió para excusar su abuso.
 —Fermina—la dije—, ¿cómo explica que Petrita gasté seis pares de medias en quince días y usted diez en dos semanas?

Ella, al principio, se encogió de hombros;

yo repetí mi pregunta. Entonces, Fermina, de repente, rompió á reír.

—¡Es natural!—dijo.

—¿Natural?—repuse— ¿Y por qué?...

—El señorito Jerónimo tiene las manos limpias.

—¿Y qué?

—Que no ensucia á la señorita.

—¡¡A la señorita!...

Refiriendo estos diálogos de cocinas adentro, las mejillas de mi vieja amiga ardeían, abrasadas por la vergüenza y la cólera.

—Porque el novio de la señorita Petra—prosiguió Obdulia— es diplomático.

—¿V bien?...

—Que el mío... es carbonero...

—Confieso que la contestación de la doncella es todo un poema; un poema de vida íntima.

¡Hay una asociación tan interesante entre la blancura de las medias de las novias y la profesión de los amadores!

Clemente de Castro.

EL ASISTENTE Y LA COCINERA



—¡Mira, vete, que con la conversación se me está abrazando el tomate!

DE LA SEMANA PICARESCA

(NOTAS DE MI CARNET)

UN PLEBISCITO

COMO el cronista parisíno que ha abierto la interesantísima-información sobre el color de las medias femeninas, yo también puedo darme pisto, porque he tenido la satisfacción de recibir infinidad de cartas—no exagero— dando opiniones en tan transcendental cuestión.

La mayoría de ellas son—rabien los envidiosos— de letra de mujer; unas con ortografía y otras sin ella, cosa que para el caso no hace maldita la falta, porque yo prefiero á una mujer que escriba *cerido mío y corazón de mi halma*, pero que tenga "lo suyo", á una de esas intelectuales muy pulidas y redichas, á cuyo lado Barrós es una especie de Venus de Milo con toda la barba.

También las hay de hombre; pero, dicho queda que son la menor parte. Hacen mal, porque eso del adorno de las piernas de las señoras es para el sexo masculino bastante más importante que la cuestión de los Balkanes ó la campaña antitaurina de ese señor Noel, que tan encolerizados tiene á los aficionados.

No respondo de la autenticidad de todas. Puede que las haya ilegítimas; pero como no estoy obligado á conocer la letra de todo el mundo, y como, además, auténticas ó supuestas, son afines al caso, yo las reproduzco y santas Pascuas, aunque dispuesto siempre á hacer la oportuno rectificación, caso de que haya quien la demande.

Dicen así las siguientes, cogidas al azar entre las que he recibido:

"Conformes. La media negra, bien estirada, y si es de gasa, mejor: es la preferida.

LA CHECHITO."

"Si, señor: la media calada ó transparente, pero siempre negra, es la que mejor arma.

ANITA R.,

viuda de un oficial de la Armada."



El payaso italiano.—¡Avanti, signori, avanti! Primo trabaça la piccola Luchia, e dopo la mamma.

"No depende del color: depende del calor.

LUISA DE BINÉ."

"Mire usted... la verdad. A mi novio le gustan todas.

UNA ASIDUA LECTORA."

"Basta con que sean negras. El que estén caladas ó no, ya es cosa de ustedes. ¡Allá cada uno!

FRU-FRU,

masagista privada."

¡Negra!... ¡Negra de mi arma!

UN PICADOR.»

«Con tal de que no estén elaboradas á mano como el chocolate, con ó sin vainilla, aunque tengan el color del aceite de ricino.

EL SARGENTO PÉREZ.»



—Pero ¿cómo has vuelto tan pronto de Alcaudete? ¿No gustó la compañía?

—Calla, hombre. Como sabes, llevaba de número de fuerza el Trio Hernias. Pues al segundo día, la guapa se me escapó con el contrabajo.

—Bueno; ¿y qué?

—Que como me quedé con dos Hernias, quebré inmediatamente.

«A mí, de color carmesí; pero que sean de las de Tolosa.

CRÍSPULO RUIZ,

dependiente de ultramarinos.»

«Negras como el ala del condor de los Andes; transparentes como las aguas del lago Tuguyan; de fina seda como la cabellera de una huri de las selvas vírgenes de la Pampa ecuatoriana,

PANCHO JALAPA,

poeta de Bogotá.»

«De gasa, que se rompen pronto y se venden más.

BRUNO GARNACHA,

comerciante en géneros de puuto. Especialidad en medias transparentes.»

«Al señorito no le agradan las caladas porque padece de reuma.

CONSOLACIÓN CHAMORRO,

ex doncella, y actualmente ama de gobierno.

«Como ellas quieran. ¡La cuestión es pasar el rato!

R, PEÑA.»

«Media negra y alta, y liga de raso con pompón granate, y... ¡ríanse ustedes del Paraíso terrenal!

UN SIBARITA.»

«¿Y qué falta hacen las medias, vamos á ver?

POTENCIANO MAGRO.»

«A mí las que más me gustan son las de la Reverte, porque son lagartijeras.

UN AFICIODADO DE LA PLAZA DE CARABANCHEL.»

«Efectivamente: las negras tienen más público.

UNA CORISTA DE PUNTA.»

«Yo metería en la cárcel á todas las mujeres que llevan medias negras, porque eso es un escarnio á los sacerdotes y se presta á viles é impúdicas confusiones.

DON DALMACIO.»

«¡Retoño! ¡Mí da igual negras ú blancas! ¡Como quía que se las ponga la hi de reconocel!

CERILO, EL DE CALATORAO,

próximo á casarse con Pilara, la de Cinco Villas.»

Por la reproducción y salvo error ú omisión,

Un pequeño reporter.

DE MIS MEMORIAS DE VIEJO CASTO

EL CUENTO MEJOR PAGADO



UE viviéramos todos del oficio, eso no puedo yo afirmarlo. El caso es que en aquella tertulia todos ó casi todos, nos considerábamos escritores.

Y que hablábamos, ¡claro está!, de lo nuestro, comentando cómo se pagan los trabajos, á propósito de *El Libro Popular*, que, dicho sea porque es verdad, lo hace con una generosidad desconocida absolutamente en la plaza.

—A Joaquín Dicenta, según me ha dicho á mí Lezama, le dan tanto...—apuntó uno de los contertulios, largando una cifra, fantástica probablemente.

—Pues á Trigo, á quien pagó Hidalgo delante de mí, en la Maison Dorée, le han dado cuanto...—añadió otro.

Se siguieron barajando números y pesetas. Se dijo lo que habían cobrado por sus cuentos respectivos la Pardo Bazán, Zamacois, Gómez Carrillo, Répide, Morote, *Colombine*, Hoyos, Zozaya, Miranda..., ¡los maestros! Y se sacó la consecuencia de que los simpáticos periodistas-editores (que gente de pluma había de ser para proceder tan generosamente) estaban elevando "los precios corrientes,..."

—Sin embargo—dije yo de pronto—, el que más ha cobrado por uu cuento desde que se escribe... he sido yo. Ni Lezama, ni Hidalgo, ni nadie ha pagado nunca á tan alto precio.

—¿Usted?

—¿Tú?—dijeron varias voces á coro.

—Yo, sí.

—¿Dónde estaba usted entonces?

—En París.

—¿Y cuánto cobró usted?

—¡Oh! ¡Mucho, mucho!... Fué una cantidad fabulosa, que ni podría ni sabría reducir á números.

Y recordando aquella deliciosa aventura lejana, que traía á mi memoria recuerdos dulcísimos de juventud alegre, mis labios, lector amigo, mis pobres labios, desencantados, sonreían.

En la época á que yo me refería, triunfaba



—¿Mi marido? Trabajando día y noche como un desesperado.

—¿Por la noche también? Pues, hija, entonces no puedes quejarte.

en París una italiana, á quien cierto lord inglés había erigido en suprema dictadora de la elegancia y del buen tono. Las manecitas enguantadas de Margarita dirigían el aplauso en la Comedia Francesa; y eran populares los zapatos y los sombreros y las faldas que llevaban su nombre; sus rojos labios, que nunca se hartaban de pedir, habían devorado muchos millones; entre sus brazos de niña,



—¡Chica, con este viento no veo por dónde ando!

—Hasta ahora, por las ballenas.

blancos y mórbi los, muchos próceres respetables y juiciosos perdieron el seso...

Pues bien: yo, un pobretón, un don Nadie, un bohemio impenitente, sin dinero y sin prestigio, puse mis ojos pecadores en los negrísimos de Margarita, y ella tuvo el capricho de no cerrar sus párpados.

Y nos vimos en diversas ocasiones, y hablamos una vez y otra, y soñé con ella, y logré que ella soñase conmigo. Total: que Margarita cedió, concediéndome una noche; una de aquellas noches de amor que han enriquecido á tantos jóyeros.

—Pero una noche nada más—me dijo Margarita—; ya comprenderás que yo, dada la situación en que me encuentro colocada, no puedo permitirle á mi pobre corazón de

cortesana el lujo de tener caprichos duros.

Yo accedí. ¿Cómo no?

Y llegó, al fin, la hora de la felicidad prometida; y al día siguiente, antes de separarnos, yo, deseando dejar en la memoria de Margarita un buen recuerdo, empecé á referirla un cuento muy apasionado, muy tierno...; el mejor cuento que he compuesto en mi vida.

Y tan interesantísimo pareció á mi linda amiga, que cuando llegó la hora fatal de separarnos, porque iba á venir quien tenía sobre Margarita más derecho que yo, ella dijo rodeándome el cuello con sus brazos:

—Vuelve mañana.

—¿Por la noche?

—Sí, por la noche. Deseo conocer el desenlace de esa historia.

¡Dos noches de amor por un cuento!... ¿Verdad que ni Dicenta, que es el más celebrado actualmente, cobra tan caros los suyos?...

Salvador de Torres.



El.—¿Te gustarían unas chuletitas de cordero?

Ella.—No, rico, que me recuerdan á mi marido.

¡SI ES BROMA!...

En la popular Revista *Mundo Gráfico*, Rogelio Pérez Olivares dice —abusando de su ingenio, por todos reconocido— que Gaona, el gran torero, se casa con la adorable Paquita Escribano, y eso constituye una noticia que ha de ponerme los pelos de punta, *cosa difícil toda vez que no los tengo...* Y, para mayor escarnio, añade el cronista luego que en las lides amorosas no pocas partidas pierdo por culpa de la calvicie. ¿Sabe Pérez lo que juego? ¡Qué ha de saber!... ¡Las señoras y yo sí que lo sabemos! No es una calva completa la calva que yo padezco; mi tupé lo envidiarían más de cuatro caballeros que su cabeza rasuran por evitar un defecto que *descubre* en muchos casos á los hombres de talento... Y conste que no me aplico la alusión. Mas no tolero que me tilden de Calvache —un fotógrafo modelo á quien haré la reclama por exigencias del verso, porque la palabra calvo mide una sílaba menos—, ¡ni al más peludo autorizo para tomarme el cabello! Rectifique usted, Olivares, convencido de que puedo lucir vistosa coleta por delante, que es lo nuevo; me basta, para probarlo, trenzar el mechón de pelo

que sobre mi frente ondu a caprichoso y altanero. Aclarado este detalle, es de rigor que aclaremos el asunto de una boda



Ella.—No, no...Aquí no porque hay muchos arrancamónos y se me sgarran por todas partes.

que, según mi compañero, será causa de elegías... ó herejías...—no me acuerdo— que brotarán de mi nument para expresar mi tormento, porque al casarse Paquita Escribano, yo... ¡fenezco! Ingenuamente declaro que sufro cuando me entero



—¡Ay, señor veterinario! Mi perrito está peor. ¡Le pongo el hígado como usted me dijo y no lo come.

—Pero... ¿á que ya lo lame?

—¡Toma, eso lo hacía también antes!

de que se casa una bella
y no soy el... *interfecto*,
Si se enlazaran conmigo,
todas las del Universo
me parecerían pocas.
¡Si soy un *ansioso* en esto!...
Y aceptaría á las feas,
las aceptaría luego
de tener *aseguradas*
las elegidas... primero.
Ya lo sabe el humorista,
guasón por temperamento:
la Escribano y Gaona
se casan, ¡felices ellos!
De no casarme con... muchas
como cumple á mi deseo,
que me dure muchos años
la libertad de soltero.
Y si, para hacer conquistas,
es tan necesario el pelo,

me pongo mañana mismo
un bisoné... ¡que lo tengo!...

F. Gil Asensio.



SUCEDIDOS...

Tan real este, como la existencia de Dios.
En el pasillo de un teatro, situado él... no
muy lejos de la calle del Arenal.

Un caballero ya de alguna edad, senador,
conservador y bizco, se dirige á un joven
modestamente vestido y le pregunta:

—¿Conoce usted á la Fulana (aquí el nombre
de una tiple de las de aquél coliseo).

—Sí, señor—contesta el interrogado.

—¿Y dónde vive?

—Calle de... Tal, número... tantos.

El caballero saca su cartera y de ella papel
y un lápiz, y se pone á escribir. Entonces el
joven, vestido con modestia, le interrumpe:

—Caballero, es mi mujer—dice.

El senador, mirándole con gran tranquilidad,
contesta:

—¡Toma! Pues podría usted haberme dado
su tarjeta.



—¿Cómo se llama eso que tomas?
—«Cock-tail», ó sea rabo de gallo. Pruébalo,
que es muy rico.

—Ah, sí: ya lo he tomado muchas veces.

EL ERROR

POR las reuniones de la buena sociedad madrileña ha corrido una noticia: se habla del desengaño mayúsculo que ha recibido en su orgullo de mujer bonita (y acaso en su ilusión más preciada) la rica viudita Adelina G., y del matrimonio de un tal D. Pablo con una doña Concepción, hija de cierto antiguo barítono de zarzuela, cuyo nombre vosotros, queridísimos lectores míos, no me obligaréis á decir... Es el caso...

Que Adelina y D. Pablo solían verse frecuentemente en varios salones del Madrid elegante, y que ella creyó advertir en el galán miradas, suspiros, atenciones y otros síntomas inequívocos de subidísimo enamoramiento. Luego, reparando mejor en otros detalles, tuvo momentos de duda. ¿Quién estaba prendado de quién? ¿Era D. Pablo de ella, ó ella de D. Pablo? ¿Cuál preguntaba con los ojos y quién respondía?... Porque si bien era verdad que D. Pablo solía mirar á su linda amiga con marcada expresión de regocijo, no es menos cierto que ella también se dejó sorprender contemplándole con genuina delectación y embobamiento. Pasaron dos ó tres meses. Una noche, Adelina y D. Pablo se vieron en un té que daba... (¡no importa quién!) Había mucha gente elegante; entre los invitados estaba Concepción, que habló del próximo viaje de D. Pablo.

—¿Dónde va usted?—preguntaron.

—Desde luego—repuso el interpelado—, iré á París y recorreré la parte septentrional de Italia hasta Roma; después pasaré á Grecia y Turquía.

—¿Piensa usted permanecer muchos años en el extranjero?



—¡Qué desgraciada soy, mamá! Anoche me dijo Arturo que abraiga la sospecha de que él no tiene nada que ver con lo que yo tengo en el vientre... ¡Y no es eso lo peor, mamá!

—¿Pues qué es, hija mía?

—Que tiene razón Arturo.

—Los más posibles—respondió.

D. Pablo estaba pálido, y todos le rodeaban interrogándole con interés, como á hombre que se propone ejecutar algo extraordinario y cuya mano, probablemente, nadie habría de volver á estrechar. Adelina también se había puesto muy pálida.

—¿Y por qué se aleja usted tanto de nosotros?—preguntó.

—Porque necesito distraerme olvidando con el continuo viajar, muchas cosas.

—¿No hay nada capaz de retenerle?...

—Sí—repuso D. Pablo bajando la voz de modo que sólo Concepción y Adelina pudiesen oírle—; hay una persona que manda en mí, pero á esa persona... mi porvenir le tiene sin cuidado.

Hizo un gesto indefinible de hombre mal



El vagabundo.—¿Qué es eso, señá Mónica? ¿La diñó el burro, eh?

La trapera.—¡Pobrecito! Se comió ayer una col entera y ya ve usted...

El vagabundo.—Entonces, ya sé de qué ha sido: de enterocolitis.

comprendido y se alejó, con aire melancólico, que impresionó profundamente á las dos mujeres. Al otro día, Adelina G. recibió la siguiente carta:

“A primeros de Noviembre salgo para Paris. Puede decirse, por tanto, que sólo dispongo de algunas horas para despedirme y romper con todo cuanto amé. Usted es la causante de esta resolución mía; usted, que

destruza con su desamor mi presente, mi porvenir y la pasión más grande y más noble de mi alma. No obstante, aun hallándome al borde del precipicio, conservo un rayo de esperanza. ¿Quiere usted darme un último apretón de manos?... Gracias. Mañana iré á verla á usted á las seis en punto de la tarde. Adiós..”

El primer movimiento de Adelina fué de indignación, y quiso escribir á D. Pablo poniéndole como digan dueñas; después, reflexionándolo mejor, creyó que debía limitarse á no recibirle; luego, decidió esperarle, sin otro propósito que el de reprenderle severamente por su audacia y descomedimiento.

Estas vacilaciones la hicieron sufrir mucho. Al fin resolvió aguardar al galán vestida con su mejor bata... Y llegó el día siguiente, y dieron las seis y las seis y media... y las siete... ¡y D. Pablo no venía! Dieron las ocho. Adelina estaba furiosa. De pronto, apareció un criado con una carta que acababan de traer; la joven rasgó el sobre. La carta era de su amiga Concepción. Decía así:

“Querida mía: Una distracción de Pablo ha puesto en tus manos una carta de amor que iba dirigida á mí. En cambio, yo tengo la que él te escribió hablándote de un piano que deseabas adquirir... En fin, ya que la casualidad te reveló mi secreto, cuida de no descubrirlo. Pablo me adora, y he tenido á bien ceder á sus deseos. El mes próximo me caso. Soy feliz..”

Adelina G. lanzó un grito y cayó sobre la alfombra, presa de un síncope.

¡Y con razón! ¿Para eso había sacado ella del ropero la mejor de sus batas?...

Félix Recio.

LEA USTED EL JUEVES

LA MONTARAZA DE LA GOLOSA

Novela por Manuel F. Villegas.

20 CÉNTIMOS

LA RAZON DE UNA SINRAZON

HABLÁBASE de un mozalbete de dieciocho años que se había fugado del hogar paterno con una respetable característica.

—¿Guapa?

—Bonitísima.

—Cuarenta años?

—Póngale usted... cuatro más—replicó uno de los más experimentados contertulios.

—¿Demonio!

—¿Y simpática?

—Mucho. Muy simpática y muy discreta.

—Menos mal. ¿Viuda?

—Sí, viuda—agregué yo—, pero una viudita que marea de guapa.

—¿Rica?

—No. Pobre y con dos hijos...

Hubo una carcajada general.

—Eso no lo hace nadie—decía uno.

—Nadie que no tenga lesionado el sentido común—agregaba otro.

—Convengamos, no obstante—interrumpí yo—, en qué á despecho de los años, es una hermosa mujer, frescota y deseable...

—Sin embargo—exclamó don Claudio—, preciso es reconocer que ninguno de los aquí reunidos es capaz de aficionarse á frutas tan maduras.

—Observo que se admiran ustedes de cualquier cosa, aun de lo más natural y bahladí—dijo otro de los circunstantes.

Quien así discurría era Pérez, el espiritista.

Admirados de su afirmación, todos le miramos con ojos interrogadores, invitándole á que hablase.

—Esto obedece—agregó él— á lo que vulgarmente se llama "ley de los contrastes": los hombres menudos se enamoran de las mujeres altas, y viceversa; los mozos, de las

jamonas; éstas de los jovencuelos... El capricho, en virtud del cual se buscan y aproximan los individuos de edades mas dispares, obedece á una teoría inventada por mí, y acerca de la que pienso escribir



—¡Vaya un marido! ¡No quererme comprar la salida de teatro y meterme la trola de que no tienes dinero!

—No, mujer, no; demasiado sabes que no te meto la trola, y bien te consta que no estoy para salidas.

Lea usted el jueves en **EL LIBRO POPULAR**

LA MONTARAZA DE LA GOLOSA

por **Manuel F. Villegas.**

20 CÉNTIMOS

un libro que, seguramente, llamará la atención de los hombres estudiosos.

Y agregé, tras una breve pausa durante la cual frunció varias veces el entrecejo, como procurando retrotraer á la memoria ideas dispersas:

—Prescindiendo de las razones científicas que sirven de base y arrimo á mi teoría, con

lo cual me abstengo de provocar discusiones enojosas, expondré mi pensamiento escuetamente, sin allegar argumentos que lo justifiquen y defiendan.

¿Por qué los hombres jóvenes muestran predilección por las mujeres que se hallan en los umbrales de la madurez, y por qué éstas muestran también afición indiscutible á la gente moza?...

Muy sencillo:

En esto hay algo de metempsicosis ó transmigración de las almas. Los hombres y las mujeres que murieron jóvenes bajaron á la tumba sin satisfacer los amores que en ellos encendiera la belleza de sus contemporáneos; aquellas almas vagaron durante algún tiempo por el espacio, devoradas por un furioso enjambre de pasioncillas y deseos no satisfechos, hasta que Dios, que es todo bondad y conmiseración, las permitió reencarnar, pasando á informar los cuerpos de nuevos muchachos y nuevas niñas... Y ¿qué resultó de aquí?... Que estos chicos, en cuanto llegaron á mozos, hallaron jamonas á las mujeres á quienes en su primera encarnación conocieron jóvenes y se enamoraron de ellas obedeciendo á un deseo innato. A ellas les ocurrió algo semejante...

—A esto, según mi humilde criterio, se debe—concluyó diciendo el orador—, que los mozalbetes se pirren y despepiten por las mujeres ya maduras, y que los gallos viejos tengan tantas simpatías entre las núbiles de quince años...

Julio Mata.

Neris les Bais, 28 de Octubre.



Coincidencias

—¿Eres tú, Gabriela?

—Yo misma, Filiberto.

—¿Qué haces?...

—Acabo de volver del teatro, y ya iba á ensabonarme, cuando el repique del teléfono me llamó.

—Yo estoy en el Casino; he perdido trece

mil pesetas... El Jerez se me ha subido á la cabeza. Si tu amor no me consuela de todo esto, me pego dos tiritos debajo de la barba.

(Mimoso).—¿Me crees capaz?...

—De todo lo bueno.

—¿Voy?

—Cuando quieras.

—¿Y tu marido?

—De guardia.

—¿Toda la noche?

—Sí.

—¡Dios es grande!... Los moros tienen razón...

—¿Y tu mujer?

—En casa de su prima Consuelo, que está enferma.

—¿Pasará allí la noche?

—Sí.

—¡Tienes razón, Filiberto! ¡Dios es grande y misericordioso con los que se aman!...

(En otro teléfono.)

—¡Ángeles!...

—¡Ramoncín!

—Le 'he 'dicho á mi mujer que estoy de guardia. Espérame.

—Te aguardo. Mi marido cree que velo á una enferma.

¡¡Oh, conquista prodigiosa de la ciencia!... El teléfono ha reemplazado á las antiguas zurzidoras de amores.

Y es notable, ¿verdad?, que las citas que se dan los amantes pasen por los hilos telefónicos sobre la cabeza de los maridos... y no se enreden.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

APARTADO 547

EST. TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL